

Desarrollo y valores sociales en América Latina

Conversación con Mariano Grondona

*E*l péndulo en los países

latinoamericanos se inclina desde hace algunos años hacia una mayor libertad política y, en ciertos casos, hacia intentos de liberalización económica. En la entrevista publicada a continuación, el politólogo y periodista argentino Mariano Grondona se refiere al tema de la libertad, señalando las contradicciones internas que a este respecto existen dentro de las principales corrientes ideológicas del mundo contemporáneo, así como los conflictos que en las naciones en vías de desarrollo se presentan constantemente entre los valores tradicionales y el modernismo.

• • •

PREGUNTA: ES COMUN QUE SE CONCIBA el desarrollo económico en los países como un proceso natural, sin considerar que en el proceso de desarrollo de los países inciden factores circunstanciales, tales como los hábitos sociales de una sociedad determinada. ¿Cómo visualiza usted la conexión entre el desarrollo económico y los valores predominantes de la sociedad?

Respuesta: Efectivamente, el concepto de desarrollo económico se presta a confusiones porque parece apuntar a un proceso de crecimiento o desenvolvimiento de algo destinado por naturaleza a ser cada día mejor o más grande, por el simple paso del tiempo. El sólo hecho de que veamos viejas naciones como la China o la India aún subdesarrolladas, mientras jóvenes naciones como Canadá o Australia ya son desarrolladas, debería ponernos sobre la pista. El desarrollo económico no es un producto de la edad ni de la naturaleza. Sólo ocurre allí en donde una sociedad determinada acierta a aplicar los principios que conducen a él.

Podría describirse el desarrollo, por lo pronto, como un proceso objetivo: una sociedad determinada obtiene cada año un "sobrante", es decir, gasta menos que lo que produce, y lo reinvierte en su aparato productivo, de modo tal que su capacidad de lograr al año siguiente un sobrante aumenta, y así sucesivamente: en este contexto el desarrollo es, al fin de cuentas, una bola de nieve.

Sin embargo, para que este proceso objetivo ocurra, es preciso que lo acompañe un proceso "subjetivo": que la sociedad por desarrollarse tenga una escala de valores compatibles con la reinversión del sobrante en el

III TRIMESTRE 1987

aparato productivo. No toda sociedad que obtiene un sobrante en algún momento de su desarrollo lo reinvierte con criterio económico. Que los egipcios tenían sobrantes lo demuestran las pirámides que construyeron. Un formidable sobrante. Sin embargo, su escala de valores los conducía a buscar la otra vida, y por eso construían pirámides; de esta manera, los sobrantes anuales quedaban anulados como palancas de crecimiento económico. Del mismo modo, los medievales construían estupendas catedrales.

Así pues, cuando están ausentes ciertas actitudes, creencias, aspiraciones, hábitos y sacrificios, es improbable que ocurra el desarrollo económico. La escala de valores de una sociedad determinada es condicionante del proceso de desarrollo económico.

El problema es la transición. Yo no creo que la transición empiece por el cambio de los valores o por el cambio de los hábitos sociales. Es un proceso constante de interacción. Quizá lo que le pasa al *hombre tradicional*, ya sea en América Latina o en el Tercer Mundo en general, es que va empezando a advertir los frutos que el desarrollo económico genera en otros países y los quiere. Al quererlos, primero los quiere sin abandonar sus propios hábitos, hasta que va descubriendo a través de la experiencia que sólo en el cambio de sus valores y sus hábitos sociales logrará finalmente obtener en forma sistemática tales frutos.

Allí se le produce al hombre tradicional un conflicto profundo: de un lado, sigue adherido a sus valores tradicionales; del otro, quiere los frutos no-tradicionales. Cae entonces fácilmente en la incoherencia. Si por un lado se apega a su modo de producción pre-moderno, por el otro ya está contaminado por la modernidad porque desea los frutos de la modernidad. Y aquí entonces sólo se puede salir del dilema adquiriendo los valores de la modernidad de un modo tal que esa adquisición sea libre, sea auténtica y no vulnere la identidad de la sociedad que hace eso, puesto que esos valores le vienen de afuera, no fueron un producto de su propia historia.

P: Por otra parte, los sistemas económicos para el desarrollo imponen ciertas demandas a la escala de valores de una sociedad, es decir, los sistemas económicos no son meramente instrumentos de desarrollo. ¿Cuál es su opinión?

R: Los sistemas económicos para el desarrollo son necesariamente maestros y reformadores de algunas virtudes morales y, desde luego, dependen totalmente de la fuerza y vitalidad de otras. Estoy de acuerdo, los sistemas económicos para el desarrollo no son meramente instrumentales, tienen sus propios imperativos morales, los que a menudo difieren de los imperativos prevalecientes. Cuando un país determinado escoja el desarrollo económico sostenido como una de sus metas sociales, no estará escogiendo solamente un aumento en la "bola de nieve" de sus sobrantes, es decir, en su abundancia de bienes materiales, sino también un conjunto de disciplinas morales, hábitos y actividades: una forma de vida.

1 / La entrevista fue realizada por J. Rolando Espinosa, director de la revista *Reporte del Centro de Estudios en Economía y Educación*, A. C. de México, con ocasión de las conferencias organizadas el pasado mes de noviembre por dicho centro y de las cuales fue orador invitado el doctor Grondona.

Así pues, el desarrollo económico no sólo consiste en el logro de "sobrantes" sino, además, del ejercicio del carácter moral de ciertas clases; si desaparece ese carácter, lo mismo ocurrirá con el desarrollo económico. Una cultura narcisista no tenderá a invertir en su propio futuro ni a hacer los sacrificios necesarios para su propia prosperidad.

P: Regreso a su concepción de desarrollo económico. Usted lo describe primeramente como un proceso "objetivo", la obtención de un "sobrante" en la sociedad; es decir, gastar menos que lo que se produce, para reinvertirlo en el aparato productivo, de tal forma que exista mayor sobrante en el futuro. Sin embargo, durante varias décadas, sobre todo en América Latina, no enfatizamos en la creación del "sobrante" sino en la distribución inmediata del "sobrante".

R: Usted ha señalado dos puntos fundamentales. Primero, el socialismo llegó a Europa y a todo el mundo después del capitalismo, es decir, vino a rectificar o a superar al capitalismo. Eso es otra cuestión. Evidentemente, el socialismo ha fracasado en muchos de sus objetivos. Pero en todo caso, no afectó el proceso de acumulación primitiva que el propio Marx calificó así de acumulación y reinversión de sobrantes, el proceso del que hablábamos al principio.

En cambio, entre nosotros, el socialismo, por efecto del mimetismo de las ideas, vino antes de la acumulación capitalista y la enervó. Nuestro socialismo precapitalista no es peor que el europeo porque sea latinoamericano sino por el momento en que aparece. El socialismo europeo es la relación del esfuerzo que viene después del esfuerzo. Si uno se relaja demasiado, puede anular el esfuerzo, pero en todo caso es más o menos comprensible y en todo caso el esfuerzo ya se realizó. El nuestro, en cambio, viene antes del esfuerzo y lo anula, lo impide, porque enfatiza una ética de distribución antes de una ética de la inversión.

Aquí me parece que la Iglesia Católica, que ha hecho un enorme énfasis en la ética de la distribución (y lo cual es lógico si se piensa que las primeras encíclicas nacen en Europa en definitiva y frente a un contexto europeo), ha ignorado la ética de la inversión. Tanto el socialismo como el socialcristianismo dan por supuesto que el capitalismo ya existe como un hecho de la naturaleza, y no se dan cuenta de todo lo que ha tenido que pasar para que hubiera capitalismo.

Y entre lo que ha tenido que pasar está una ética, tan valiosa en definitiva como la ética de la distribución. La ética de la distribución nos dice que quien tiene mucho debe ayudar a quien tiene poco. La ética de la inversión nos dice que la generación actual debe ayudar a la que está por venir a través de la inversión. La inversión es una distribución con intervalo de tiempo, éticamente más valiosa aún que la distribución propiamente dicha, porque se hace en beneficio de aquellos que no tienen poder de huelgas ni de presiones porque todavía no existen.

Una ética rigurosa, verdaderamente distribucionista, debería tomar en cuenta a quienes no han nacido aún. Si los incluyera, establecería la inversión. Me parece que la Iglesia no ha tomado en cuenta suficientemente este aspecto, pese a que algunos pensadores católicos liberales, como

Michael Novak por ejemplo, han tratado de hacer que se oriente en esta dirección.

El capitalismo es un fenómeno ético, y tanto es así que una motivación puramente económica no podría haberlo creado nunca. Si hubiera habido sólo una motivación económica en la raíz del capitalismo, con el primer millón de dólares cesaba la acumulación, porque inmediatamente hubiera venido el jet, la casa en Europa, los viajes y el ocio. ¿Pero por qué siguió trabajando este hombre? Lo hizo porque una ética lo impulsaba al servicio social de la inversión, por razones religiosas, por razones patrióticas, o por razones puramente familiares, por sus hijos y por sus nietos. O sea que el desarrollo económico sólo ocurre cuando hay motivaciones supra-económicas, y esto es éticamente tan valioso como la ética de la distribución.

Así pues, en los países de América Latina se presenta también el inconveniente de que, por haber nacido a la vida independiente cuando el capitalismo primitivo ya se le agregaba el socialismo en Occidente, son socialistas antes de tiempo. Es decir, antes de conseguir la acumulación de capital, ya están prometiéndose los beneficios sociales. Vivimos en nuestra región una alteración de la secuencia histórica del desarrollo. Habiendo conocido las limitaciones del capitalismo y repudiando con razón el comunismo, hemos querido pasar sin más al Estado de Bienestar, antes de que la bola de nieve "sobrantes-reinversiones más sobrantes" fuere lo suficientemente grande. Hemos querido levantar pirámides. Sólo que nuestras pirámides, nuestras catedrales, consisten en una serie de beneficios sociales nominales, que otorgamos con la letra de la ley pero no podemos asegurarla con la dura realidad. Si alguien leyese nuestras leyes sociales sin conocer nuestras sociedades, creería que entre nosotros reina sin disputa el Estado Bienestar: jubilaciones, seguridad social, salarios mínimos obligatorios, leyes de despido, pero la realidad cotidiana en lo económico no refleja este diagnóstico. Nuestras leyes en lo social son las pirámides ilusorias de un desarrollo económico que no sucedió. Por eso seguimos siendo subdesarrollados, no por jóvenes sino por equivocados.

P: Los gobiernos de América Latina están enfrentando la crisis económica más severa del presente siglo. Gran parte de los orígenes de la crisis económica presente sería producto de políticas económicas de corte intervencionista, regulatorias, controladoras y confiscatorias por parte del Estado. ¿Considera usted un movimiento de cambio en el futuro inmediato sobre las actuales condiciones?

R: Quizás los años ochenta sean evaluados por los historiadores futuros como la década en la cual renació el liberalismo. Situado por décadas a la defensiva contra el socialismo en lo económico, contra el autoritarismo en lo político, el liberalismo se expande hoy por el mundo. En lo político, ha conquistado a países de fuerte tradición autoritaria como Alemania Federal, Italia, Japón y, más recientemente, España, Grecia y Portugal. En lo económico, nombres como los de Reagan, Thatcher y Chirac marcan su vigoroso regreso en el corazón de Occidente.

América Latina no ha sido ajena a esta tendencia. En lo político, la idea de la libertad predomina en casi todas nuestras naciones; por primera

vez, el autoritarismo es la excepción y no la regla. En lo económico, el movimiento es más complejo pero perceptible. Algunos gobiernos, como el del Perú, todavía se aferran a las fórmulas tradicionales del anti-imperialismo, pero puede decirse de ellos que, como el autoritarismo en lo político, ahora son la excepción. No podría afirmarse, sin embargo, que el grueso de la región ingrese en la libertad económica con el mismo paso que en la libertad política. Si bien algunos gobiernos como los de Ecuador y Bolivia sí lo hacen, lo que predomina en este campo es el desplazamiento desde el populismo que antes prevaleció hacia políticas mixtas, a la manera del Plan Austral en la Argentina o el Plan Cruzado en el Brasil.

Hay más libertad económica como consecuencia de ello. Pero su dosis es, todavía, insuficiente.

Lo que late detrás de este contraste entre el liberalismo económico y las políticas "mixtas" es un debate profundo, entre dos estrategias acerca de la libertad.

Para unos, la libertad se impone a través de un conjunto de "reglas" favorables, tanto en lo político como en lo económico, suponen que lo que cuenta es el sistema de la libertad. No bien se "arroja" una sociedad a los mecanismos de la libertad, sus miembros reaccionan de inmediato, como un niño en el agua, y salen "nadando" hacia el progreso que acompaña a la súbita liberalización de las costumbres. Lo que hay que promover entonces es un enérgico "destape" en todos los órdenes; lo demás, vendrá por añadidura.

Los partidarios de una estrategia cautelosa hacen notar, por su parte, las dificultades que encuentra el presidente Febres Cordero en Ecuador, las que acechan al presidente Paz Estenssoro en Bolivia, y aconsejan no subestimarlas porque no ha de ser fácil, suponen, inyectar las formas de la libertad en sociedades acostumbradas al autoritarismo político y el paternalismo económico. ¿No escribió el propio Maquiavelo en *El Príncipe* que el régimen más difícil de imponer es el nuevo, esto es, el que se instala a contrapelo de las costumbres ancestrales?

La libertad es algo nuevo para los latinoamericanos. Por eso presidentes como Alfonsín y Sarney procuran aplicarla con cuentagotas, a la espera de un cambio de mentalidad, de valores que la impulsen como el viento hincha al velamen.

¿Reglas o valores? Una tesis nos dice que todo lo que hace falta es una decisión en favor de la libertad de parte de aquellos que puedan tomarla. Si los gobernantes democráticos resuelven extender los beneficios de la libertad de lo político a lo económico, si establecen un nuevo sistema de reglas que alienen la competencia y castiguen la ineficiencia, lo demás seguirá.

La tesis contraria pone el acento en la necesidad de valores que favorezcan la expansión de la libertad hacia el campo de la economía en el seno de la propia sociedad, antes de que esa expansión se facilite desde los gobiernos. En caso contrario, si las reglas preceden a los valores, encontrarán creciente resistencia de parte de una sociedad y un Estado no preparados para ellas y esa resistencia las hará fracasar.

Según la primera perspectiva, lo urgente es promover el cambio de las políticas gubernativas. Febres Cordero y Paz Estenssoro, porque lo han emprendido, son los arquetipos de esta concepción.

Según la segunda perspectiva, lo urgente es promover el cambio de mentalidad de los ciudadanos, de los votantes. Alfonsín y Sarney son arquetipos de esa concepción porque, en vez de adelantarse a sus pueblos en la búsqueda de soluciones liberales, los acompañan sin forzarlos por un camino evolutivo.

Los críticos de Febres y Paz, así, temen que éstos se estrellen al fin en la pared de las resistencias culturales contra el desarrollo en libertad, que aún subsiste en nuestras sociedades. Los críticos de Alfonsín y Sarney declaran, por su parte, que al encarar políticas intermedias, nunca alcanzarán los beneficios de un régimen plenamente capitalista y liberal.

Aquéllos podrían fracasar por rápidos. Estos, por lentos. El camino del desarrollo latinoamericano es escarpado; no es el menor de sus obstáculos el que los argumentos en favor de una u otra de las estrategias que hoy se le ofrecen se equilibren hasta un punto en que resulta tan difícil escoger entre ellas.

P: Se afirma que las ideas tienen consecuencias, para bien o para mal. En su opinión, ¿cuál ha sido la función desempeñada por la intelectualidad latinoamericana frente a la economía de mercado, el capitalismo, la libre empresa o como quiera que se le denomine?

R: En general, la intelectualidad latinoamericana ha sido negativa para América Latina. Lo ha sido porque importó el socialismo, pero sobre todo porque aún no ha conseguido aceptar lo que a veces llamé el “hecho norteamericano”. Aquí sería útil un juego de palabras entre la cultura y la civilización. Cultura es el sistema de valores de cada sociedad en cada época. Civilización es una cultura predominante, es decir, es una cultura que impone una época que de alguna manera marca un área.

Estamos en los comienzos de la civilización norteamericana. Yo no digo esto ni con alegría ni con dolor: simplemente lo constato. La civilización norteamericana tiene raíces profundas; pero si tuviera que definirla, yo diría que es un “entusiasmo inmanente”, es decir, que es un entusiasmo por esta vida. Esta es la raíz de una nueva civilización: que esta vida vale la pena vivirse y hay que mejorarla hasta donde se pueda. Esto es algo muy importante y va a ir cubriendo al mundo.

Y nuestra cultura, sobre todo la hispanoamericana, se resiste a aceptar esta civilización. Los intelectuales trabajan este tipo de resistencia, lo elaboran y lo reenvían a la sociedad con poderosos argumentos, porque están asentados sobre un sentimiento por el cual nosotros, reconociendo la legitimidad de los europeos, no reconocemos la de los norteamericanos. (Si es un alemán, un francés o un italiano quien ofrece un producto de alta calidad, nos parece lógico. No nos lo parece si estos primos-hermanos, nuevos ricos, a quienes no terminamos de reconocer su legitimidad, son quienes nos ofrecen el producto).

Yo creo que el avance que va logrando Brasil se debe al hecho de que los brasileños han asimilado el “hecho norteamericano” y están dispuestos a

aprovecharlo. Si observamos a los países que han progresado más en el mundo: Alemania Federal, Japón, Italia, el Sudeste Asiático, vemos que son todos países que por un camino o por otro, algunas veces por haber sido derrotados militarmente por los Estados Unidos, han asimilado el “hecho norteamericano”.

Los países que se resisten se van quedando atrás, como nuevos bárbaros, afuera de la nueva civilización. Y la América hispana se resiste al hecho norteamericano y considera que aceptarlo es como rendirse, como negarse a sí misma. Yo creo que aceptarlo sería una manera de aprovechar la civilización para competir dentro del hecho. Es el mío un nacionalismo distinto, aunque muchos lo consideran algo así como una entrega. Esta es una idea trabajada por los intelectuales con gran eficacia, desgraciadamente.

P: Para finalizar, a nivel mundial, ¿qué perspectivas ideológicas identifica usted en lo que comúnmente denominamos el reñidero de las ideas?

R: Cada uno de nosotros llega a los temas políticos, económicos y espirituales con un cierto sesgo, desde cierta perspectiva en última instancia personal y, en tal sentido, única, incomparable. Pero en un primer nivel de generalización, también es verdad que la mayoría de nosotros aceptaría que se lo incluyese dentro de alguna de las tres perspectivas fundamentales que funcionan, en el mundo actual, como comunes denominadores ideológicos.

Estas tres perspectivas son el socialismo, el socialcristianismo y el conservatismo (aunque los conservadores se llamen ahora “neoconservadores”, respondiendo al afán de novedad de nuestra época).

En un libro reciente (*Reflexiones de un neoconservador*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1986) el ensayista norteamericano Irving Kristol señala que “la versión corriente del liberalismo, que prescribe una intervención masiva del gobierno en el mercado y un *laissez-faire* absoluto en lo que hace a las costumbres y a la moral, choca con los neoconservadores, que la consideran una inversión temeraria de las prioridades”.

Como se sabe, los norteamericanos usan la palabra “liberales” — *liberals*— para aludir a los progresistas o socialistas. Pero el fondo del juicio de Kristol es lo que nos interesa: en tanto los neoconservadores creen en la libertad económica pero no en la libertad de las costumbres y la moral —esto está claro en Reagan, liberal en lo económico pero conservador en la moral, con sus ardientes luchas por la religión en las escuelas, contra el aborto o las drogas— los socialistas, llamados “liberales” en los Estados Unidos pero no entre nosotros, aflojan en cambio el control en temas morales —son complacientes en materias tales como la homosexualidad o la pornografía— pero no en temas económicos, donde siguen sosteniendo al Estado-Providencia.

Hay en todo ello una flagrante contradicción. Si creo en el hombre, le doy libertad. Pero le doy toda la libertad, tanto en lo económico como en lo moral. Si no creo en él, se la niego sin excepciones. Neoconservadores y socialistas disocian el problema, negando en un campo lo que conceden en otro.

La contradicción interna de los socialcristianos proviene del hecho de que, una vez que han reconocido la dignidad eminente del individuo,

tienden a confiar al Estado, pero no al individuo, el resguardo de ella. El individuo ha de ser solidario. Pero la Iglesia prefiere que sea el Estado, y no el individuo, quien asegure la función social de la propiedad. El ser humano ama a la familia. Pero la Iglesia prefiere que sea el Estado y no el ser humano quien desaliente el divorcio. El concepto de la dignidad del ser humano, empero, ¿no debiera incluir la responsabilidad de preservarla? ¿Cuán digno es, en definitiva, un ser al que hay que cuidar desde afuera de él?

Ninguna de las tres perspectivas fundamentales de nuestro tiempo esquivan un severo cuestionamiento por contradicción. Al aceptar la extrema liberalización de las costumbres, el socialismo da alas a la tendencia consumista del hombre contemporáneo. Pero inmediatamente procede a promover un sistema económico que, por estar trabado y regulado, lo empobrece, bloqueando esa misma tendencia al alto consumo que el socialista bendice en el terreno moral.

En esto el socialcristianismo es más coherente porque, si de un lado promueve sociedades pobres por exceso de estatismo, del otro predica la virtud de la pobreza al enseñar a los hombres, contra el socialismo, que los bienes principales no están en este mundo. Pero a continuación ya no confía en su propio impulso moral para la realización de ese ideal, pidiendo ayuda—como en la Edad Media— al brazo secular del Estado.

En cuanto a los neoconservadores, ¿por qué el estallido de la libertad, cuya creatividad admiten en el terreno económico, no habría de ser creativo también en el terreno moral? ¿Se puede ser un hombre libre en el mercado, puertas afuera, pero no en la casa, puertas adentro?

Yo, por mi parte, vivo mi propia contradicción. De un lado, veo en estas posiciones la incoherencia que deriva de aceptar a medias la libertad. Más coherente es negarla en todo, como los comunistas, o aceptarla en todo, como los libertarios. No puedo dejar de notar, sin embargo, que los libertarios son minoría en el mundo actual.

¿Por qué? Quizás sea porque el panorama de una libertad total resulta inquietante. La libertad es la aventura de vivir. Al lado de ella, también se anhela lo contrario, esto es, una seguridad contra las sorpresas de la vida. Pareciera que, atemorizado por los riesgos de la libertad pero atraído al mismo tiempo por sus posibilidades, el hombre contemporáneo ha decidido íntimamente transar con ella. Cada una de las tres perspectivas fundamentales que he anotado concede la libertad más allá de su preocupación central, pero retiene alguna forma de control estatal adentro, cerca de su núcleo vital: el socialista, la economía; el conservador, la familia; el cristiano, las virtudes sin las cuales no sería tal. Proclamando la libertad como si fuéramos libertarios, nos volvemos autoritarios allí donde ella podría amenazarnos. Entramos en el mar de la libertad de puntillas, como bañistas cautelosos.